

## VII. ESPECULACIONES SOBRE LA MUSICA DEL FILM

*Siete instrumentos, siete melodías, siete ritmos para un prelude*

Hesiquio Ramos

El crear música original para un film suele ser una labor hartamente difícil, si se toma en cuenta que la melodía y la instrumentación no deben ceñirse a fórmulas convencionales que muevan los resortes emotivos más primarios en un público sentimental y noble, en el sentido más amplio de escala de clasificaciones y niveles sociales. Pero la aventura se convierte en una verdadera misión de artista, si se considera que la invención de melodías debe además responder a una estricta línea conceptual que expone sistemáticamente, aunque no por ello sin un gran juego libre y creador, las ideas que más afligen al pensamiento universal de nuestro tiempo.

¿Cómo conciliar los símbolos, tan racionalmente explicados, con tonadas de eminente carácter popular? ¿Cómo concebir musicalmente la imagen de la burguesía, de la genialidad, de la lucha entre las fuerzas animales y los anhelos del alma? Todo esto y mil preguntas más asaltan al compositor que debe hacer la música de una película, cuyo trasfondo filosófico ya resulta intelectual en exceso, y cuya plástica deviene en música por sí sola y en expresión total que rebasa las posibilidades del texto. Aumentarle aún un vehículo más de comunicación puede resultar en verdad un experimento capaz de tentar al músico más escéptico, o al director del cine más purista.

Y justamente la idea seduce por tratarse de un ensayo libre, pero por lo mismo, delimitado con respecto a una idea central que permite a la imaginación o a las propias capacidades lanzarse en busca de hallazgos musicales y encuentros de armonías, sin perder la brújula orientadora del punto de partida, al cual no es preciso volver si ello es lo que en definitiva la expresión misma exige.

No basta estipular sobre un plano cómo debe ser la arquitectura total de una obra cinematográfica dos años antes de que ésta cobre realidad completa. Si un personaje viste de rojo, porque es la prostituta, y el instrumento que la va a identificar es la trompeta, y la melodía que se le asigna se reviste de sensualidad, mediante ritmo de blues, ello no dice más que un silencio oportuno. Si en vez, el color púrpura, dentro de la alquimia del espectro solar, significa a una recatada institutriz, mientras las rameritas visten de verde (¡oh, color de la esperanza!), y la melodía recuerda a un conmovedor día de las madres, tal y como lo anuncian para la venta de perfumes exquisitos, en ritmo de vals, mientras que el instrumento asignado son unos sonoros violines y dulces cellos, la intención satírica del director queda bien manifiesta.

Dicho contraste se establece con el citado tema musical, en un sencillo círculo de 5 armonías, ideal para expresar melancolía y un romanticismo sublime que raya en lo cursi, sin dejar por ello de cautivarnos. Sentimos algo así como la nostalgia de quien ama a su cómoda vestimenta vieja. ¿Y qué otra cosa es el sentido burgués de la vida sino un cómodo y, a veces, inalcanzable ideal caduco para el hombre?

Y para expresar al hombre, a este mismo hombre crítico, tutelado por el mundo burgués, pero inconforme para aceptar todas sus convenciones a cambio de confort y

reconocimiento social, ¿qué mejor que una dualidad: guitarra-órgano, cuerdas-aliento, piel-frac, máscara-rostro, negro-blanco, melodía-disonancia, selva-ciudad, hombre-lobo, jazz-balada?

¡Cuánto nos identificamos con él, pese al disfraz grotesco, pese a la dolorida máscara, máscara que es animal en la medida en que nos resulta humana!

De los siete temas fundamentales que instrumentan la música de la película *Preludio en 3* restan: la niña-blanco-clásico-piano; el circo-naranja-chárleston-cellesta, el coro (blanco, oro, azul, verde, amarillo, violeta, rojo) barroco-clavicordio, y Goethe-vino-antífona-flauta y voz humana. Este último manifiesta las más grandes cimas jamás alcanzadas por el espíritu en la historia. Su diálogo musical con el hombre requiere cambiar de *Mi* bemol menor ( $E^b$ ) que anuncia la perspectiva inferior humana, a *Mi* bemol mayor ( $E^b$ ) que enfatiza la jerarquía del genio, inmortalizado, y concebido como una graciosa estatua, en medio de juegos de agua. Pero esto ocurre, de tú a tú, dentro del mismo ritmo, el de nuestro tiempo, el del hombre occidental que canta con el dolor de los esclavos negros.

Y la meta: Mozart. En el clímax, *La flauta mágica* con la misteriosa área "Papageno" (la cual, según la leyenda, costó la vida al compositor), en todos los ritmos y modos que Hesse podría haber imaginado jamás, arrastrada por un afán sacrílego.

Y sólo el propósito de juego, de búsqueda, de ensayo, nos devuelve al punto de partida: ¿cómo expresarnos musicalmente ante tesis filosóficas, irrefutablemente estructuradas, y ante visuales que les sirven de contrapunto y son una síntesis de formulaciones estéticas?

Si, a esto, un nuevo afán de crítica puede aportar la música, el propósito satírico vendrá a cerrar el círculo, haciendo grande lo pequeño, ridículo lo sublime, profundo lo frívolo, libre lo aprisionado. . . clásico lo popular, -¡inconmesurable tesis social del romanticismo!

Pero ¿qué otra cosa es este *Preludio en 3*, concebido musicalmente en ideas e imágenes, en ritmo y en movimiento, que la añoranza del arribo del superhombre, por más que intente ser su crítica?

